ATENEO DOMINICANO

DISCURSO DEL LIC. PEDRO TRONCOSO S.

HOSTOS Y NOSOTROS

Damas y caballeros:

Esta es, indudablemente, una época pródiga en centenarios de hombres y hechos. El inmenso legado del siglo XIX resuena en nuestro siglo en un prolongado eco de conmemoraciones. Sirva ello de aliento y esperanza para que el siglo XX sea también fecundo en hombres y hechos gloriosos que obliguen a centenarias rememoraciones en el siglo XXI.

Hoy celebramos, jubilosamente, el de Eugenio María de Hostos.

Hostos constituye el suceso máximo en nuestra historia intelectual. Fué en nuestro cielo una estrella que no tuvo compañera ni ha tenido émulo. Un sol que brilló potente hace sesenta años, y más aca, y cuyos rayos llegan todavía directos hasta nosotros, al través del tiempo. No ha tenido quien le supere, ni siquiera quien le sustituya. De ahí que sus ideas estén todavía vigentes entre nosotros. En la escuela se cursa su sociología, su moral social, sus nociones de lógica, su derecho constitucional, no al través de las obras de sus discípulos, sino en la misma fuente original, y sus doctrinas, sus opiniones, sus definiciones, se repiten y se invocan como dogmas investidos de la más grande autoridad, que es necesario aceptar y venerar.

Fué tan grande para nuestro medio, que su huella no nos ha permitido enterarnos lo bastante de la evolución que ha seguido operándose, en otras partes del mundo, en las disciplinas que nos enseñó. Lástima que nosotros, a nuestra vez, no hayamos aprovechado la gigantesca base dejada por el maestro para edificar sobre ella nuestra propia ciencia.

La obra de Hostos fué inmensa. El esfuerzo intelectual que realizó para construir una ciencia de la sociedad, en una época en que casi se desconocía la posibilidad de ésta, sólo pudo ser la obra de un genio.

Hacía poco que en Europa había nacido la Sociología como ciencia. Allí los sabios, Augusto Comte el primero, partiendo del postulado de que lo social se conduce de modo análogo a lo físico, habían hecho la exposición de una mecánica social. Una segunda concepción, la biológica, hizo de la Sociología una rama o aplicación de la Antropología, la Biología y la Etnología. Ambos sistemas se fundaron en la idea de que el hecho social era una pura manifestación de la Naturaleza, tan comprensible mediante leyes como el movimiento de los astros o el desarrollo de una planta, y tuvieron una larga vigencia. Comte y Spencer dominaban en el campo de la ciencia, y Hostos, formado a la luz de aquellas doctrinas, concibió, en su adultez mental, su teoría orgánica, la cual representa frente a ellas un movimiento completivo y ecléctico.

En la Sociología del Maestro se contempla totalmente la sociedad como un ser viviente, regido por leyes naturales, que se conduce del mismo modo que un ser viviente individual, y es él tan consecuente con este principio que hasta funda la Sociopatía, o ciencia que trata de las enfermedades sociales, las cuales pueden ser de carácter económico, jurídico, intelectual, moral y mesológico; fija las reglas de una Profilaxis social y propone también una Terapéutica para la sociedad, es decir, un modo de curar sus enfermedades.

El Tratado de Sociología de Hostos, editado después de su muerte y corona de su larga labor de sociólogo, es admirable por el rigorismo científico que le preside. Lo primero que en él se plantea es la cuestión del método, la cual es resuelta, de acuerdo con Kant, mediante el desarrollo previo de una sociología teórica, y después de una sociología expositiva. En la primera va de una sociología intuitiva, a una inductiva, luego a una deductiva, y por último a una sociología sistemática. La segunda es una exposición de la Ciencia Social. La Sociología es en rigor, según el Maestro, una exposición de las leyes del hecho social, una Socionomía. Descubre siete grandes leyes universales (hermoso número) en la estructura y en el devenir social. Ante todo la de sociabilidad y la de los medios, a que están subordinadas las demás. Las otras son la de trabajo, de libertad, de progreso, de ideal y de conservación. Es esta una nomología indudablemente más completa que la de Augusto Comte.

Bajo el título de Sociografía analiza y describe las formas naturales del vivir, en el curso de su evolución: salvajismo, barbarie, civilización, y el desarrollo de las funciones sociales: trabajo, gobierno, educación, religión y moral, organización; y estudia las diferentes partes del organismo social: individuo, familia, tribu, gente, instrumentos éstos de las fuerzas potenciales de la sociedad, o sea, la económica, la jurídica, la pedagógica, la religiosa o moral, y la conservadora.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Siempre imbuído en los principios naturalistas, formula una Sociorganologia. El individuo, la familia, el municipio, la región y la nación son órganos vitales de la sociedad, y el consejo doméstico, el municipal, el regional, y el consejo y gobierno nacional son sus órganos institucionales. En la exposición de cómo deben organizarse estas instituciones, agrega la del Estado internacional, "profética visión —dice Antonio S. Pedreira— de lo que debiera ser hoy la Liga de Naciones".

Cierra la obra su Sociopatía, su Higiene social y su Terapéutica social, consecuencias extremas de una concepción de la sociedad que pecó por su radicalismo naturalista, y que en época posterior a la de Hostos ha sido definitivamente descartada. Indudablemente que las analogías y semejanzas que se observan entre lo físico y lo vital y lo social son muy seductoras y arrastran a sentar un absoluto paralelismo entre ambas esferas (arrastraron al mismo Platón y fué ésto también lo que ocurrió en el siglo XIX con el auge de las ciencias de la Naturaleza), pero las investigaciones que hasta la fecha se han hecho obligan a guardarse de formular tan radicales a similaciones y a hacer una sociología independiente de cualquier patrón extraño, una sociología más sociológica.

La obra de pensamiento de Hostos, en este aspecto, es grande, y lástima que esta misma grandeza no nos haya permitido saber de los trabajos hechos posteriormente para probar la poca analogía que hay entre lo vital y lo social, entre lo individual y lo grupal; para demostrar que la naturaleza y el orden físico no es igual a la naturaleza y el orden social, y, en consecuencia, para hacer una revisión en los postulados y en las conclusiones de la ciencia de la vida humana colectiva.

El mejor homenaje a la memoria de Hostos hubiera sido haber continuado tan intensamente como él en el estudio y en la investigación sociológicas y haberle superado mil veces, en vez de hacer de sus teorías objeto de un abultado respeto.

No conocemos por eso lo bastante la dirección psicologista de la Sociología. Los trabajos de los herbartianos Lazarus y Steinthal, de Eleutheropolus, Tarde y Gastón Richard.

Ni los principios formulados por el norteamericano Ward para explicar la evolución social.

Ni la sociología etnológica de Frazer, Lang y Webster.

Ni las investigaciones de geografía humana, derivación de la Sociología, realizadas por Ratzel y Vidal de la Blache; ni las de tantos otros sociólogos actuales, cuyos nombres sería cansado enumerar.

¿Conocemos suficientemente a Emilio Durkheim, creador del nuevo método sociológico y considerado como "el verdadero padre de la Sociología moderna"?

De acuerdo con este ilustre pensador francés, los hechos sociales son cosas reales que es necesario conocer de acuerdo con ciertos preceptos y reglas enunciados por él y que son ya famosos. De él proceden las ideas modernas de que todo pueblo tiene un alma y toda época un espíritu, tan combatidas por su opositor alemán Guillermo Wundt, y tan sabiamente desarrolladas hoy día por los psicoanalistas Freud y Yung. "Agregándose, penetrándose, fusionándose —dice Durkheim—, las almas individuales dan existencia a un ser psíquico, si se quiere, pero que constituye una individualidad psíquica **de un género nuevo**".

Emilio Durkheim ha formado escuela en Europa y de ella son representantes distinguidos los sociólogos Herbert y Mauss, quienes han extendido sus investigaciones al campo de lo moral, lo religioso, lo económico, lo estético y lo lingüístico.

Generalmente se conviene hoy que la Sociología sólo debe referirse al fenómeno social y sus leyes, y que esta ciencia se divide, según su método, en sociología abstracta, bioanalógica, demográfica, sociogeográfica, mecánica, patológica, psicológica y estadística.

Como muy justamente dice Antonio S. Pedreira, en **Hostos, Ciudadano de América**, a propósito de la ciencia hostosiana, "todas las teorías que inician una trayectoria del pensamiento humano suelen envejecer, sirviendo de levadura a las demás y potenciando el curso ascendente de su desarrollo". No habría pues mejor medio de celebrar el centenario de Hostos que comenzar a superarle entre nosotros. Hoy día, todo verdadero sabio, todo verdadero hombre de ciencia, tiene a honor —como seguramente lo habría tenido Hostos— que se tomen sus doctrinas, sea apoyándose en ellas, sea enfrentándoseles, para superarlas. Son unánimes en admitir que la ciencia no es nada definitivo sino un perpetuo crecimiento.

En su Moral Social, otro ingente fruto de su pensamiento, se muestra Hostos, aparte de cientista y moralista, como un insigne representante del espiritualismo laico que dominaba en su época. En ella enumera y designa todo un sistema de deberes sociales, que muy bien pudo designar con los nombres de virtudes cristianas con que ya se les denominaba. La reacción sin embargo, se justificaba en aquella época. A la ortodoxia religiosa, cuya inercia oponía resistencia al paso agigantado del movimiento científico, contrapuso Comte su religión de la Humanidad, y Hostos, junto a él, una Moral Social que tenía por objeto sustituir la Religión y erigir el culto del Deber, de la Humanidad, de la Civilización. Pero ya la reacción laica ha dado sus frutos y ha revelado cuánto tiene de bueno y cuánto tiene también de malo. Hostos vió en lo religioso una forma de lo moral y creyó sustituíble aquéllo por ésto. Pero son indudablemente cosas diferentes, y lo religioso es tan necesario al hombre como lo moral. Se ha demostrado que una educación sin religión, una educación en que no se promueve la contemplación de lo santo, seca el corazón. No existe —dice

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Keyserling— el pretendido espíritu laico. No hay más espíritu que el espíritu religioso.

Hostos, varón todo nobleza, corazón sano y amante, cuya vida fué servicio, serenidad, mansedumbre, prédica elevada, lucha tesonera por el ideal de las Antillas y de América, y por el ideal de la Humanidad, sufrió sin embargo los ataques de enemigos encarnizados, de los defensores de la ortodoxia, por sus doctrinas laicas, y se le llamó "libre-pensador" a título de baldón o de estigma. Pero ¿era malo ser libre-pensador teniendo sanos el corazón y la mente, teniendo como propósito en las acciones el bien de los demás y la felicidad del mundo? Hay estigmas que no comprendo, que no miro como tales, y que sólo pueden ser lanzados por mentes sometidas y bien avenidas con su sometimiento.

Por ser de esos hombres que abren su corazón a todo lo bueno, lo verdadero y lo bello sin que para ésto adopten criterios cerrados y prejuicios tradicionales, se le tildó también de "ateo", un vocablo de horrendo sentido moral creado por la ortodoxia para los que no tienen su misma concepción de lo divino. Ningún espíritu elevado, ningún pensador que merezca llamarse tal, y a quien se haya estigmatizado de ateo, ha negado en realidad a Dios, como no lo negaron nunca Giordano Bruno, Espinosa ni Voltaire. Cuántos hombres de este género han llevado una vida de santidad y de sacrificio! Hostos, se dijo, enseñaba cosas contrarias a la Religión, era un hereje, y, por tanto, un engendro del Infierno. Pero era el hombre que se dedicaba al bien de la humanidad, al servicio de la libertad, a la enseñanza edificante; era el hombre que respondía con serenidad al ataque violento; era un alma a quien llegaba muy hondo la música religiosa, que respetaba las creencias de su esposa; que experimentaba un sentimiento de gratitud hacia aquello que él llamó la causa indemostrable; que se complacía en mirar horas enteras en nuestra catedral —de acuerdo con testimonios absolutamente fidedignos— una pintura de Cristo que hoy existe en la capilla del Obispo Bastidas, y se entregaba a meditar en su compañía. ¿Quién sabe qué coloquios tenía aquel corazón libre-sentidor con el Redentor del Mundo? ¿Quién sabe en qué grado se entendían y se identificaban el inmenso corazón de Cristo y aquella alma hereje?

Otra prenda de gloria y otro motivo de sufrimiento fué su gran revolución educativa. Apoyado por el Gobierno Dominicano, pone en ejecución su Plan de Normales, funda en esta ciudad la primera escuela racional de la América Latina, y él mismo escribe las obras de texto; más tarde, en la jefatura de la función educativa, acaba de implantar el método intuitivo-inductivo-deductivo y los procedimientos objetivo-gráficos y corpóreos. Haciendo el elogio de la nueva escuela dice Federico Henríquez y Carvajal en **Hostos a través de su obra y mis recuerdos**: "Esto no era aquello. Esto era hogar, taller y escuela. Padre intelectual y moral era el maestro. La disciplina escolar, austera y blanda, fortalecía a la vez el cuerpo y el espíritu de los alumnos. La educación gradual e integral, de fondo, había sustituído a la mera enseñanza de forma mnemotécnica. Froebel y Pestalozzi se admiraban en Hostos". "Ah! sus lecciones y conferencias, sus libros, nacidos al calor simpatico de su fecundo y amable espíritu, penetraron sin esfuerzo en el entendimiento y el alma de sus discípulos y de sus oyentes adscritos a los estudios sociales, jurídicos y económicos. El lo advertía y gozaba con esa dulce comunidad de ideas".

En el sentido más amplio del término, puede decirse que Hostos fué un filósofo. Pero en su sentido más extricto de hombre más sistemáticamente se empina sobre los datos de la observación y de la ciencia para tener una concepción última de todo lo real ¿Hostos un filósofo?

Pero Henríquez Ureña y Francisco García Calderón resuelven esta cuestión en sentido afirmativo. El primero, después de afirmar que es el espíritu filosófico más poderoso de América, si se exceptúa a Bello, dice: "Hostos no llegó a escribir su metafísica como el maestro venezolano; pero sus discursos y tratados y otros escritos —principalmente los cursos de Moral social, Sociología y Derecho Constitucional— permiten construirla en parte: es una concepción con fases de idealismo, de dinamismo, de finalismo ético, con ética inspirada en Sócrates, Marco Aurelio, Kant, apoyada por una absoluta fe en la ciencia y una franca aceptación de los métodos positivistas, lo que ha inducido a algunos a clasificarlo en esa escuela. Nótese, sin embargo, cómo la Sociología, escrita cuando sólo se conocían las de Comte y Spencer, se aparta decididamente, y entre otras novedades proclama le **ley de ideal** o de civilización".

El otro dice: "Después de Bello, el más notable de los filósofos sudamericanos es Eugenio María de Hostos, nacido en 1839. No es un mero expositor de teorías extranjeras; él tiene su propio sistema, que ha desarrollado en obras notables: es un moralista más que un metafísico, y sea en Santo Domingo, sea en Lima o en Santiago de Chile, se esfuerza siempre en reformar la educación y las leyes. Los problemas morales y sociales le inquietan: quiere fundar una moral y una sociología. Podría decirse de su filosofía que es un racionalismo optimista".

Permitidme que disienta de estos dos eminentes publicistas para opinar que a Hostos se le puede calificar más justamente con un término más amplio que el de filósofo: Hostos fué un pensador, un insigne pensador, sí, de raigambre filosófica. El filosofó mucho y tenía su filosofía, como hombre de preclara inteligencia y de inquietudes espirituales que era, pero en el rigor del término no fué un filósofo. Su obra escrita no es predominantemente filosófica. No partió de la ciencia para hacer filosofía sino de una filosofía, no original, para hacer ciencia o para pensar libremente o para poner en vuelo su imaginación. Filósofo no es el que adopta una filosofía sino el que la hace. Pudo haber sido, si hu-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

biera querido, un filósofo sistemático, pero en su tiempo urgía más libertar y educar, y al servicio de estos ideales dedicó casi toda su vida. Pedreira, en su obra citada, dice: "En rigor, ni destruyó ni fundó escuela filosófica alguna. Para lo primero había de reducir a escombros los mismos postulados que parcialmente defendió; para lo segundo había de dar nuevas interpretaciones y nuevos métodos sobre los cuales redactar las tablas de una nueva ley. Y Hostos no intentó nada de eso. Esto, sin embargo, no fué obstáculo para fundar una Moral social de profundos alcances filosóficos".

Mucho poder ejercieron en su espíritu las doctrinas antimetafísicas del siglo XIX, pero en el fondo su alma era romántica y el fuego de su corazón tuvo desahogos magníficos. Si por una parte afirmaba, con los naturalistas, que lo social y lo moral eran un orden natural, por otra establecía, con los idealistas, que lo natural era un orden lógico. Su definición de la verdad, como fondo de la realidad, y su idea de que "la Naturaleza no es más que una Lógica hecha Realidad, le caracterizan como un logicista de tipo hegeliano. Al mismo tiempo que positivista, fué también un idealista. De ahí la dificultad en definir su actitud filosófica. El mismo Pedro Henríquez Ureña escribió a raíz de la muerte del Maestro en 1903: "Escritor genial, conocedor del idioma, aunque le sometía a torturas en favor de la expresión gráfica, pensador aún más grande y soberbio, su espíritu gallardea en la vanguardia del pensamiento contemporáneo, original y poderoso, en simpatía con Kant y Hegel, Comte y Spencer, Goethe y Hugo, Bello y Montalvo, Emerson y Carlyle, Stuart Mill y Ruskin, Taine y Renan, Tolstoy y Henry George, —no pacta con el pesimismo de Schopenhauer ni con el anti-igualitarismo de Nietzsche, porque su ideal integra el triunfo de la humanidad por la civilización"; y Pedreira, en **Hostos, Ciudadano de América**, dice: "De los tres movimientos filosóficos que arraigaron en España para esa época (la de su educación allí) —positivismo, neokantismo y krausismo—, ninguno pudo cautivar a Hostos de una manera absoluta, aunque todos dejaron más o menos su influencia en él".

Todo esto, desde luego, entendiendo que su pensamiento no era sólo un muro de reflejos. Harto inteligente y personal era, para que esto fuera así. En todo lo que pensó hubo siempre una gran dosis de pensamiento original, y su modo de expresión no se parece al de nadie. Esa imprecisión doctrinal, unida a su vida llena de movimiento y de iniciativas y creaciones sin cuento, presentan a Hostos como un legítimo caudillo cultural de América.

En un soneto escrito con motivo de la muerte del Maestro, dice de él Gaston F. Deligne:

Benevolo y sencillo; austero y noble;
formidable en la acción y en el ensueño;
llevó a todo adelanto, grave empeño,
y a todo afán de bien, esfuerzo doble.

Lucha su vida fué contra lo innoble;
y en cátedra y labor, —vigilia y sueño—,
quiso labrar conciencias, de halagueño
temple de acero y altitud de roble.

Bajó a deshora la tiniebla fría
a sumir para siempre en lo profundo
esa razón, potencia y armonía.

Lejos ya irradia, pero más fecundo;
como el sol, que en aislada lejanía,
alumbra y fertiliza el vasto mundo.

También se destaca el pensador, así como el crítico y el literato, en los diferentes escritos recogidos bajo el título de Meditando, en que todo lo mira con la penetrante mirada del psicólogo, y mide la talla de hombres y obras por su valor pragmático. Todos nos hemos deleitado con la lectura de esas páginas de oro, especialmente con su juicio sobre Hamlet, del cual dijo Bartolomé Mitre —como más tarde Rufino Blanco Fombona— que era lo mejor que se había escrito en castellano sobre Shakespeare, y que era superior al estudio de Goethe.

Como el mejor homenaje que puede rendir el Ateneo Dominicano al ínclito Maestro, detengo ahora el curso torpe de mi discurso, para que por mi boca diga Hostos algunos pasajes de su celebre juicio. Este es de las pocas obras que pueden reelerse con fruición y nunca es demasiado volver a ellas.

....

Podría, desde luego, hablarse mucho todavía de Hostos, sobre los aspectos en que le he estudiado someramente, y además como político, como jurista, como orador, como hombre; decirse mucho de sus numerosas obras, publicadas e inéditas; de su intensa actuación de un extremo a otro de América y en Europa. Empero no es mi intención hacer un estudio exhaustivo de su personalidad y de su obra, ni tampoco el tiempo a que estoy subordinado permitiría tratar tal cantidad de asuntos. Y además, ¿qué seguir diciendo de Hostos después de haber hablado él mismo? ¿después de haber vaciado su corazón y su pensamiento en la prosa más rítmica, más bella, más pulida, de que es capaz el idioma castellano? ¿después de habernos dado a beber licor de dioses en copa de diamante?

El Ateneo Dominicano quisiera ahora ascender hasta ese espíritu que hace un siglo se hizo carne y habitó entre nosotros para clamar justicia e iluminar las conciencias en la tierra; hasta aquel que bien predicó y vivió, que padeció por la libertad, por la humanidad, por la civilización; quisiera ascender hasta él y mostrarle las nuevas generaciones dominicanas, llenas de esperanza y de fé, porque son discípulas suyas, y pedirle que no las abandone, que las fortalezca y las ilumine siempre, para que de ellas se diga en no lejano porvenir: A tal Maestro, tales discípulos; a tal Apostol, tales convertidos; a tal mentor tal Pueblo.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia